Crítica para los pibes

AÑO II — BUENOS AIRES, M[illegible] 12 de Enero de 1927 — No. 70



Las madres y los niños de Buenos Aires ven pasar el camión de CRITICA todo el año y lo saludan porque ven en él, a los Reyes Magos que el 6 de enero alegraron a la infancia huérfana de juguetes.

Los pibes reconocen a su paso, los camiones de CRITICA, y los saludan festivamente.

LA POBRE VIEJA Y EL PEZ

UNA vez era una mujer, vieja y menesterosa, que vivía en la mayor miseria, y sus vestidos estaban tan rotos y deshechos, que apenas cubrían su desnudez. Sólo podía comer y beber una vez al día, y con mucha frecuencia le ocurría no tener qué. Y así solía pasar hambre uno o dos días, y sólo agua podía beber. Hacía ya mucho tiempo que no estaba en situación de participar en la recolección del arroz. Además, no la recibían allí con gusto, pues como era vieja ya, no podía trabajar con bastante rapidez.

Así, pues, vivía solamente de lo que recogía en los campos o en los jardines de bambú, y lo que así obtenía lo cambiaba en casa de sus vecinos por arroz crudo, cocido o secado al sol.

Su casa era sólo un miserable chozo apoyado contra la casa de su vecino. El agua rezumaba por el techo y las paredes, pues nadie quería ayudarla a repararlo, y no tenía nadie que pudiera valerle: ninguna familia, ni hijos, ni nietos. Vivía completamente sola y entregada a sí misma.

Aunque la mujer era ya tan vieja y sus cabellos se habían vuelto blancos, aun no sabía nada acerca de Alah; no procedía en nada según su ley; no lo reverenciaba, y creía que el cielo y la tierra se habían originado por sí mismos. Cierta vez hacía ya dos días que no tenía nada que comer, ni tampoco nada que pudiera cambiar por arroz. Estaba tristemente sentada dentro de su choza, y sollozaba:

—¡Oh! ¡Qué desdichada suerte la mía! Voy a morirme de hambre.

Trató otra vez de arrastrarse fuera para buscar algunas hojas y raíces con qué apaciguar su hambre canina. Dirigióse a una pradera que había sido quemada hacía poco tiempo y que no estaba lejos del mar. Por uno de sus lados tenía un escarpado cantil; por el otro, una profunda garganta.

Al llegar a ella, vió la vieja una porción de peces en el torrente de su fondo, que querían nadar hacia el mar. El fuerte calor estival había secado el arroyo casi por completo, y los peces estaban clavados en el fango y no podían salir. Si llegaban a quedarse en seco, morirían necesariamente.

Cuando esto vió la vieja, se sintió muy animosa y contenta, y se dijo:

—¡Oh! ¡Qué alegría, qué alegría! Vaya un hallazgo. Todos estos peces me servirán de alimento, y los que no me coma, los cambiaré por arroz.

Pero aun se asombró más cuando vió un pez mayor que los otros y que nadaba delante de todos. Tenía que ser el rey. También sabía hablar, porque dijo:

—¡Alah! ¡Oh, Alah! Te suplicamos que nos mandes lluvia. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarnos lluvia!

Y miraba al cielo al decirlo. La vieja sintió curiosidad cuando oyó que el pez hablaba de aquel modo; quiso saber lo que ocurría. Y al cabo de media hora sobrevino realmente un fuerte aguacero que en pocos momentos llenó de agua el arroyo de la garganta. Entonces los peces pudieron marcharse a nado. Hiciéronlo con la mayor rapidez, pero la vieja se helaba, empapada en agua, y tuvo que regresar con las manos vacías. Entonces reflexionó sobre el extraño acontecimiento, y se dijo:

—También yo debería ensayar una vez eso, e implorar a ese señor, a quien llaman Alah, que quizá atenderá mis ruegos. Mas tengo que pedir algo distinto de lo que pidió el pez, porque lo que yo necesito es dinero.

Dicho y hecho. Se hincó de rodillas, alzó los ojos al cielo, y dijo imitando al pez:

—¡Alah! ¡Oh, Alah! Te suplico que me mandes dinero. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarme dinero!

Hizo esto todos los días; creía que con ello daba más fuerza a su plegaria, y no prestaba atención a las otras cosas.

El hombre contra cuya casa estaba apoyada su choza, se irritó con sus rezos. Le molestaba de modo indecible, y le aburría sobremanera oír todos los días, y sin interrupción, las mismas palabras. La reprendió severamente, y le dijo furioso:

—Cállate, por fin, con eso; no puedo ya aguantarte; procura decir otras cosas. Es difícil que Alah venga junto a tí y te regale dinero. Mejor harías en ir al bosque para traer leña, hojas y corteza, de lo que sacarías más provecho. Y si no quieres oír mis advertencias, lárgate de aquí y arrima tu miserable choza a otra vivienda.

La vieja no hizo caso de este sermón, y siguió en adelante pidiéndole a Alah dinero.

Al cabo de cinco días, irritóse de tal modo el vecino con su terquedad y desobediencia, que quiso jugarle una mala pasada.

Reunió cacharros rotos, desperdicios, basuras y toda clase de inmundicias, las machacó finamente y las metió en un saco. Quería tirárselo a la vieja. Creería que Alah le enviaba dinero. El saco le caería sobre las costillas y le quitaría de una vez para siempre el gusto de seguir orando.

Cuando dormía la vieja, el hombre arrastró el saco hasta el tejado de su casa, y desde allí lo arrojó sobre la vieja. La pobre abuelita se desmayó de dolor y espanto. ...

Cuando recobró el sentido y vió el saco tirado en el suelo, se alegró profundamente y pensó que Alah se lo enviaba lleno de dinero. El señor de la casa la acechaba, y se reía al ver cómo iba bamboleándose de un lado a otro en su pobre cabañita, ebria de alegría. Celebraba ya anticipadamente la cara de desengaño que había de poner y la vergüenza que sentiría al ver que en el saco no había más que cacharros rotos, basura y porquería.

Mas la mujer adoraba el saco como a un auténtico don de Alah y decía:

—Muchas gracias, Alah. ¡Oh, qué gran cantidad de dinero me has regalado! ¿No te habrás quedado sin nada para tí?

Abrió después el saco, y ¡bendito y alabado sea el sublime nombre de Alah!, todos los cacharros y las otras cosas se habían convertido por su voluntad en dinero. En oro y plata, acuñados en relucientes monedas.

Al día siguiente la visitaron los vecinos y las vecinas. Se quedaron muy asombrados de que la vieja se hubiera hecho tan rica en una sola noche y mediante aquella mala pasada. Hasta vino en su busca un emisario del príncipe, que hizo que le refiriera su maravillosa historia, y que después, con todo detalle, dió cuenta de ella en la capital.

Juzgóse entonces más razonable que la vieja no siguiera viviendo en la aldea, donde era fácil que alguien pudiera robarle su dinero. Le compraron una casa y la alhajaron con todo lo conveniente. De repente la vieja, que se había hecho rica en una noche, fué simpática a todos, y todos la tomaron cariño; pero ella siguió siendo modesta y se mostraba afable con todo el mundo. Adquirió muchos amigos, pues ayudaba a los pobres y oprimidos. Recordaba siempre los tiempos en que ella misma había sido pobre y necesitada y nadie había querido protegerla.

Mas su vecino, el que había dejado caer sobre ella el saco de desperdicios, fué poseído de un frenético afán de dinero, después que hubo visto lo rica que se había hecho la vieja. Quería que le ocurriera a él lo mismo. Dirigióse, pues, a la vieja y quiso convencerla de que debía llenar un saco con aquellas mismas basuras y dejarlo caer sobre él. Le dijo:

—Abuelita, en realidad todo ese dinero se originó de los cacharros rotos que yo había metido en el saco para darte una broma, pues yo estaba enojado de que todos los días pidieras dinero a Alah, cuyo nombre sea alabado. Los desperdicios se convirtieron en dinero por pura casualidad. Por eso te ruego que llenes un saco con esos restos y lo arrojes sobre mí. Seguramente que también se convertirán en dinero. Aunque, bien pensado, mejor será que me arrojes dos sacos, para que todavía sea más rico que tú.

La vieja respondió:

—Muy bien, con mucho gusto. Vete a tu casa y ora como yo lo había hecho antes.

El hombre se fué a su casa y oró exactamente como se lo había dicho la mujer:

—¡Alah! ¡Oh! ¡Alah! Te suplico que me mandes dinero. ¡Oh, por favor, ten la bondad de mandarme dinero!

Al hacerlo, sólo pensaba en lo rico y lo distinguido que sería, en el alto rango que podía ocupar cuando recibiera de Alah los dos sacos llenos de dinero.

Al cabo de cinco días lo visitó la vieja y todavía lo encontró sumido en sus plegarias. Había llevado consigo dos sacos llenos de cacharros rotos pulverizados, que subió al tejado, y ella misma los arrojó desde allí sobre los lomos de su vecino.

Cayo sin sentido el hombre, y cuando lo recobró notó que tenía una costilla rota. Entonces hizo llamar a toda prisa a su mujer para que le trajera incienso. El saco fué sahumado, y cuando estuvo hecho, oró en estos términos:

—¡Alah! ¡Oh! ¡Alah! Muchas gracias. ¡Cuánto dinero me has regalado! ¿No te habrás quedado sin nada para t?

Después abrió el saco, pero en él no había más que cacharros finamente pulverizados.

El hombre se puso fuera de sí de cólera y furor. Mugía y se lamentaba de su desengaño. Al cabo, hasta llegó a blasfemar de Alah.

—Vamos, Alah. ¿Con que este es el modo que tienes de elegir a tus favoritos? ¿Repartes así tu dinero? Por qué no pertenezco yo al número de los favorecidos? ¿O es que hoy hay otro Alah? ¿Ya no existe el Alah antiguo? Aquel sabía hacer dinero con cacharros y tú no puedes hacerlo.

Entonces el réprobo se puso gravemente enfermo y sufrió muchos dolores y penas. Lo trataron muchos médicos. Por último sanó, por merced de Alah, pero quedó jorobado. Su espalda se corcovó, de modo que ya no pudo trabajar como antes ni ganar su sustento. Se hizo pobre, cada vez más pobre; tanto como lo había sido la infeliz mujer. La miseria que antes la atormentaba a ella se había pasado a él.

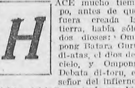
¿QUIEN ENCUENTRA AL GALLO?



El señor y la señora de Patoff, han salido de paseo. El pequeño Patoff les acompaña; pero, de los tres, ninguno sabe que hay un gallo en la vecindad. ¿Cuál de los pibes es cap paz de encontrarlo?

LA CREACION DE LA TIERRA

(Leyenda de Sumatra)

ACE mucho tiempo, antes de que fuera creada la tierra, había sólo dos dioses: Ompong Batara Guru di-atas, el dios del cielo, y Ompong Debata di-toru, el señor del infierno. El Dios del infierno tenía una hija hermosísima, que estaba desposada con Batara Guru y había sido conducida por él a su reino de nubes.

Los recién casados llevaban allí una vida espléndida. Sólo por una cosa era incompleta su dicha: cuatros años que estaban casados, y aun no les había nacido ningún hijo. Esto afligía a la celestial pareja, tanto, que determinaron renunciar a su resplandeciente vida y buscar consuelo a su dolor, como ermitaños.

Vestidos de harapos, abandonaron su palacio celeste. Sólo llevaron consigo algunos aperos de labranza y un poco de arroz para calmar su hambre. Querían alzar una choza a orilla del mar.

En esta mezquina cabañita pasaban sus ocios, bien escasos por cierto, pues consagraban la mayor parte del tiempo al trazado de un hermoso jardín, donde plantaban las flores más lindas y preciosas.

Pero pronto se les acabó este placer y esta alegría.

Cierta vez, a mediodía, justamente cuando estaban descansando bajo la protección de su cabañita, alzóse del mar un poderoso monstruo, la serpiente del mar Tumuldang di-bosi. Dirigióse derechamente hacia el jardín, hozó en él por todas partes, devoró las flores y brotes, y después, ya ahita, se adormeció sobre las eras.

Batara Guru despertó poco después, y cuando descubrió los destrozos producidos por el monstruo, su furor no tuvo límites. Y al momento le ordenó a su Diuwa (jefe de sus guerreros), que diera muerte a aquel ser descomunal.

Al Diuwa no le produjó gran placer aquel encargo, sobre todo al descubrir los espantosos lientes y la gigantescas estatura del monstruo. Por eso, antes de combatir juzgó que sería mejor arreglarse con é por las buenas.

Despertó, pues, a la serpiente, y le reprendió por su proceder incorrecto.

El monstruo marino, al ser interrumpido en su sueño miró con enojados ojos al Diuwa, y dijo que la culpa la tenía el propio Batara Guru, pues no estaba bien que un señor tan alto y noble se rebajara hasta convertirse en un simple labrador.—Y si no quieres que te devore—añadió—, llama en seguida a Batara Guru y a su mujer, y diles que quiero hablarles. Mándales también que me traigan plátanos y otras ofrendas, que tengo un hambre espantosa.

El Diuwa corrió en busca de Batara Guru y le informó de lo que le había dicho la serpiente.

Batara Guru reunió todas las cosas pedidas, y se dirigió con su esposa adonde estaba Tumuldang di-bosi.

Llegado junto a ella, tomó la palabra al momento, y le echó en cara el modo grosero, feo e indecoroso cómo había invadido su imperio.

Tumuldang di-bolsi respondió:

—Noble príncipe, yo no hice más que cumplir con mi deber, y aun, en realidad, hubiera debido disponer para ti un destino distinto y mucho peor que éste, pues ni siquiera has sabido procurarte descendencia.

—¿Por qué me lo reprochas—respondió Batara Guru—, ya que el dolor más profundo de nuestra vida es no tener hijos? Si conoces algún medio para que podamos tenerlos, te estaré eternamente agradecido.

—Ya lo creo que le conozco—dijo la serpiente—, y lo tendrás, si cumples mis órdenes fielmente. Pero lléname el gaznate primero con todas las cosas que has traído, los plátanos y las otras ofrendas.

Batara Guru quedó poco satisfecho, y habló de este modo:

—Abuelito, tu garganta tiene siete pies de largo, y tiene unos dientes tan grandes y afilados que me dan miedo sólo de mirarlos. Perdona que no cumpla con tu ruego.

Tumuldang di-bosi no se enfadó por ello, sino que procuró quitarle aquel recelo.

—Ponme tu espada de pie en la boca—díjole—; así ya no me será posible cerrarla, y sin cuidado alguno podrás meter la mano dentro.

Obedeció Batara Guru, y atascó de manjares el garguero de la serpiente.

—Mira, abuelito — dijo Batara Guru—¿qué anillo es éste que encuentro en mi dedo al sacar la mano de tu boca? ¿Qué quiere decir esto?

—Ese anillo—respondió la serpiente—es un "sinsing pintapinta", un anillo de los deseos. Ahora, sea lo que quiera lo que tú desees, un hijo, una hija, carne de cerdo o vino de palmera, es indiferente lo que quisieras tener tu deseo será satisfecho.

Entonces Batara Guru y su esposa se regocijaron vivamente, y danzaron y brincaron de pura alegría.

Después les refirió Tumuldang di-bosi cómo tenían que usar el anillo; al despedirse les deseó una vida feliz, y desapareció entre las olas. La pareja de dioses dirigióse entonces con renovadas esperanzas a su antigua morada celestial, y cuando fué luna llena, Batara Guru frotó con zumo de limón el anillo, como se lo había aconsejado la serpiente y, al hacerlo, deseó tener un hijo.

Con el tiempo los esposos tuvieron tres hijos.

El hijo mayor se trasladó a los infiernos, junto con su abuelo Ompong Debata di-toru; el más joven se quedó con su padre en el cielo; pero el del medio creó la tierra.

Tomó siete puñados de barro, e hizo con ellos el disco de la tierra, que Batara Guru colgó enseguida del cielo con hebras de seda. De este modo, el infierno quedó envuelto el tinieblas, pues la tierra interceptaba la luz del sol.

Siete veces, una tras otra, volvió a hacer Tuwan Benuwa Coling el disco de tierra; pero otras siete veces volvió a ser aniquilado por su hermano.

Entonces Batara Guru decidió ponerse él mismo al trabajo.

Mientras Paduca di Adyi estaba durmiendo, descendió al infierno y colocó sobre el contumaz rebelde una reja de hierro.

Cuando despertó Paduca de Adyi y quiso levantarse, tropezó por todos lados contra la reja de hierro; la sacudió, furioso, y golpeó los barrotes con tal fuerza que agitó la tierra, cuya superficie lisa se llenó de pliegues y hendiduras. Produjéronse así las montañas y los valles.

Más la reja era fuerte y firme y, a pesar de todos sus esfuerzos, Paduca de Adyi siguió prisionero.

Y aun en el día de hoy yace bajo la reja; cuando la sacude, cuando trata de romperla, la tierra tiembla.

AMOR DE MADRE

Joven aún, entre las verdes ramas,
de secas pajas fabricó su nido.
La vió la noche calentar sus crías.
la vió la aurora acariciar sus hijos.

Batió sus alas y cruzó el espacio,
buscó alimento en los lejanos riscos,
trajo de frutas la garganta llena,
y con arrullos despertó a sus hijos.

El cazador la contempló dichosa...
y sin embargo, dispárola un tiro...
Ella, la pobre, en su estertor de muerte,
abrió sus alas y cubrió a sus hijos.

VICTOR HUGO

De Como las Gentes de Engano Llegaron a Tener Médico

EN una aldea cuyo nombre no es conocido, vivía una vez un hombre con su mujer y su hija. Cuando la moza estuvo en edad de poder casarse, llegóse a ella un espíritu, bajo la forma de un hermoso mancebo, y le pidió su mano. Como el mancebo tena además una voz hermosa, sedujo fácilmente a la muchacha, que aceptó su propuesta. El espíritu y la moza vivieron después como marido y mujer. Cierto día observaron los padres que su hija estaba en otro estado, y le preguntaron quién la había puesto en cinta. Respondió la moza: —No os enojéis, queridos padres; mi esposo es un espíritu. Nadie, sino yo, puede verlo. Yo soy la única a quien es dado oír su voz.

Entonces le dijo el espíritu a la moza: —Tengo que volver por cinco días al reino de los espíritus, para visitar a mi parentela. Haz el favor de colocar, en un sitio de la costa que te señalaré al despedirme, algunos rácimos de plátanos maduros que deben servirme de alimento durante mi viaje. Díselo a tus padres.

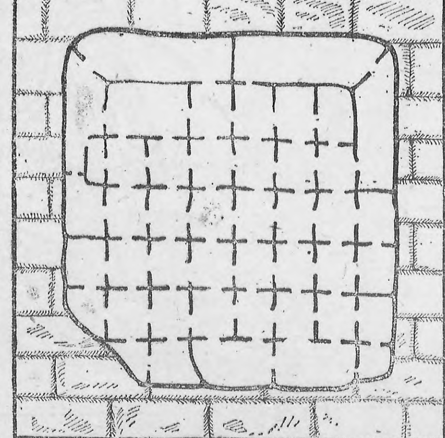
La moza les contó a sus padres lo que había dicho el espíritu. El día de la partida trasladáronse a la orilla del mar, la moza, sus padres y toda su familia. Colocaron los plátanos maduros en el sitio que había señalado el espíritu. Entonces le dijo a la moza: — Dí a tus padres que esos peces les están destinados para corresponder al regalo de plátanos que me han hecho. Y ven ahora; vámonos a casa.

Todos regresaron al hogar. No pasó mucho tiempo y la moza echó al mundo un niño ciego. Entonces le dijo el espíritu: — Ha llegado el momento en que tengo que abandonarte para siempre. Tenemos un hijo. Cuida bien de él. Y ahora quedas libre y te es lícito casarte, si lo deseas.

La moza respondió afligida: — Si así lo has decidido, tengo que someterme a tu voluntad.

El espíritu dejó a la moza y no volvió nunca más. Cuando el niño hubo llegado a ser hombre, fué invadido aquel pueblo de una grave peste, que llevaba a muchos al sepulcro. Entonces le fué revelado, en sueños, a uno de los enfermos, que el mancebo ciego podía devolver la salud a los enfermos. Le hicieron venir, y tan pronto como tocaba el cuerpo de los enfermos, quedaban ya curados. Después asistió a todos los enfermos de la aldea, y llegó a ser médico. Más tarde se casó y tuvo un hijo, al que enseñó el arte de asisiter a los enfermos. Y de esta familia proceden los que saben curar. Así, la isla de Engano llegó a tener médicos.

UN PROBLEMA PARA LOS PIBES



Un prisionero detenido en este mazmorra, escapó pasando de celda en celda, de derecha a izquierda. ¿Cómo lo hizo?, que lo averigüen los pibes. Básteles saber que se puede pasar solamente una vez por cada una de las divisiones.

HABLA EL ARBOL

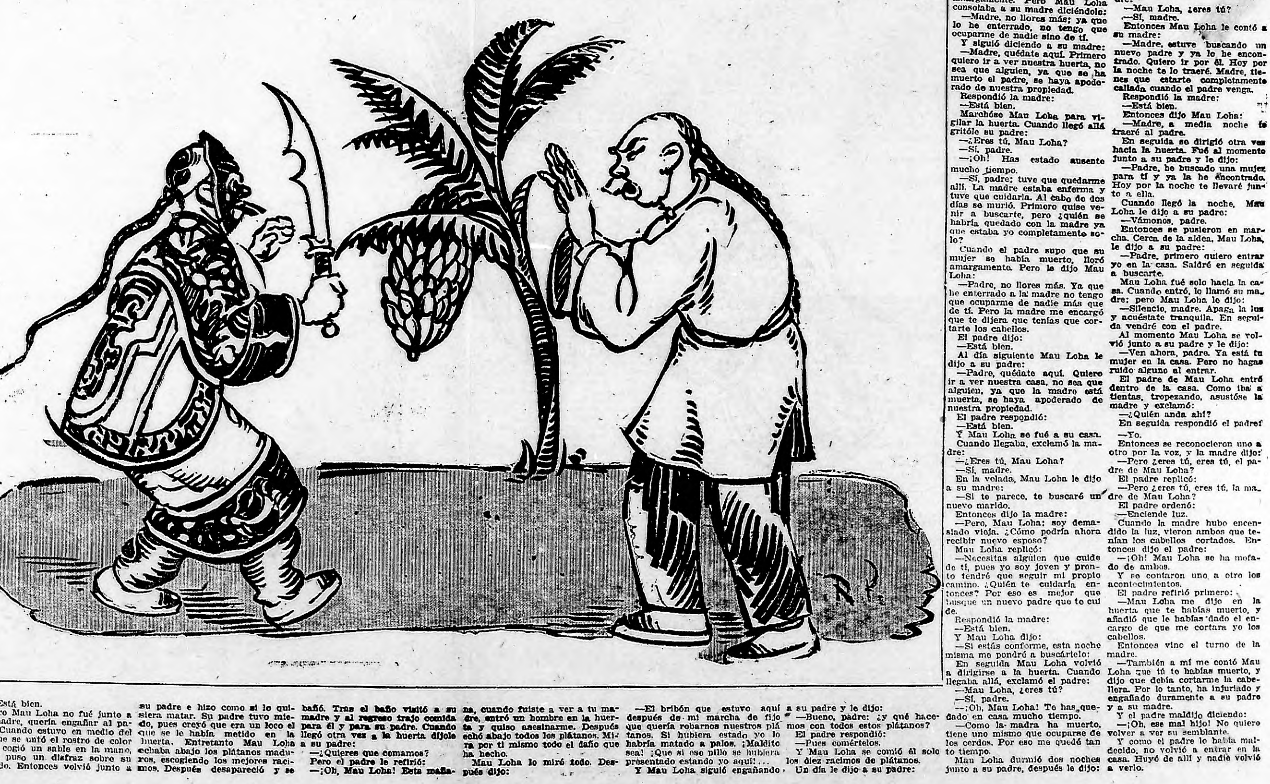
"Tú que pasas y levantas contra mi tu brazo, antes de hacerme mal mírame bien."

"Yo soy el calor de tu hogar en las noches frías del invierno." "Yo soy la sombra amiga que te protege contra el sol... Mis frutos sacian tu hambres y calman tu sed." "Yo soy la viga que soporta el techo de tu casa, las tablas de tu mesa, la puerta de tu casa. Cuando naces, tengo madera para tu cuna; cuando mueres, en forma de ataúd, aún te acompaño al seno de la tierra." "Soy pan de bondad y flor de belleza. Si me amas como merezco, defiéndeme contra los insensatos."

LA HISTORIA DE MAU LOHA

CUENTO MALAYO

Este es un original cuento en que sus personajes son dos viejos y el hijo único, muy hábil en pillerías. Este los engaña e injuria fingiéndoles mutuamente la muerte. El padre lo maldice y huye para siempre, no volviendo a la casa donde lo cuidaban con la infinita e incomparable ternura del hogar. ¡Ojalá que esta historia se tome de ejemplo para aquellos sin carácter, que esgrimen la espada de dos filos de la mentira, especialmente con aquellos que tanto se desvelaron por asegurarles un lugar en el combate de la existencia.



UNA vez eran un viejo y una vieja que tuvieron un hijo, al cual pusieron nombre de Mau Loha. Los padres lo cuidaban mucho porque era su hijo único. Aun cuando hacía toda suerte de pillerías, no se enojaban con él sus padres, pues estaban muy preocupados por el mancebo.

Un día Mau Loha le dijo a su padre:

—Padre, nuestro techo está agujereado; ¿qué te parecería si lo arregláramos y lo cubriéramos de nuevo?

El padre respondió:

—Está bien.

Quitaron la vieja cubierta. Al día siguiente cortaron hojas de sagú. Y cuando hubieron juntado cantidad suficiente, las llevaron a casa. Mau Loha quería también cargar con algunas hojas, pero su padre le dijo:

—No debes levar ninguna, si no, la madre nos reñirá.

Mau Loha le respondió:

—Padre, está bien.

Cuando el padre llevaba las hojas Mau Loha corría tras él. El padre había llevado ya gran cantidad de hojas, sólo faltaba llevar un haz y entonces dijo Mau Loha:

—Padre, voy a ir delante y te esperaré allá.

El padre respondió:

—Está bien.

Pero Mau Loha quería mofarse de su padre. Corrió, pues, delante y se escondió dentro del haz de hojas de sagú. Cuando el padre llegó, lo llamó, pero Mau Loha no respondió. Entonces pensó el padre que acaso se habría marchado ya delante, y, por lo tanto, se echó el haz sobre los hombros para llevarlo a casa. Apenas había cargado el haz sobre las espaldas, cuando notó ya lo muy pesado que era. Y así, tuvo que tomar aliento a cada paso; pero aunque pesaba mucho lo llevó hasta su cabaña. Llegado allí, quiso arrojarlo al suelo. Pero entonces le gritó Mau Loha:

—Padre, padre, arrójalo con cuidado porque estoy yo dentro.

Y el padre no dijo otra cosa sino:

—¡Oh, Mau Loha! ¿Por qué me has engañado?

Aunque Mau Loha acometiera tales hazañas, su padre no se enfadaba con él; cuando iba a azotarlo, tenía que pensar siempre:

—Es mi único hijo.

Un día quiso volver a chasquear a su padre. Le dijo:

—Padre, en el pozo hay una gran anguila.

Cuando el padre oyó que había una anguila en el pozo quiso cogerla, pues la anguila era lo que comía con más gusto en el mundo. Y así le preguntó a Mau Loha:

—¿Cómo haremos para coger la anguila?

—Tenemos que pescarla con anzuelo; pero el cebo tiene que ser carne de cerdo, pues es lo que pica mejor la anguila.

El padre dijo:

—Está bien.

Al día siguiente, el padre mató un cerdo para que sirviera de cebo. Y Mau Loha le dijo a su padre:

—Parte el cerdo en pedazos y guísalo.

El padre hizo lo que le decía el muchacho. Y cuando la carne de cerdo estuvo en su punto, el padre la cogió para pescar con ella. Mau Loha le dijo a su padre:

—Padre, primero tengo que ir a visitar a un amigo mío. Si se te hace muy larga la espera, empieza a pescar tranquilamente. Cuando yo llegue ya te ayudaré.

El padre dijo:

—Está bien.

De este modo Mau Loha se marchó en dirección al pozo. El padre esperó y esperó, pero el hijo no volvía, y se fué él solo a la pesca. Cuando llegó al pozo, ensartó la carne en un anzuelo y lo arrojó abajo. Apenas el anzuelo había llegado al agua cuando Mau Loha dió un tirón de él; el padre lo levantó en seguida; pero cuando llegó arriba, vió que ya no había en él ninguna carne. Entonces pensó que la anguila debía ser muy grande; y por eso volvió a cebarlo en seguida; no sospechaba que Mau Loha estaba agazapado allá abajo. Volvió a arrojar el anzuelo y en seguida Mau Loha volvió a dar otro tirón de él.

En cuanto el padre arrojaba el anzuelo al agua, Mau Loha se comía la carne. Y Mau Loha se comió toda la carne de modo que sólo quedaba un trocito pequeño. Entonces pensó el padre que cuando volviera a morder la anguila, daría en seguida un tirón hacia arriba para levantarla enganchada. Por lo tanto, puso la última carne en el anzuelo y lo arrojó al agua.

Mau Loha lo cogió al instante, pero al mismo tiempo el padre tiró del anzuelo de modo que desgarró la mano de Mau Loha. Mau Loha gritó:

—¡Padre, que estoy aquí!

Entonces dijo el padre:

—¡Oh, Mau Loha! ¡Qué historias armas! Yo creía que había matado un cerdo para coger una anguila y eras tú quien estaba escondido ahí abajo.

Sollozaba Mau Loha, porque el anzuelo se le había clavado profundamente y sentía muy fuertes dolores. Corrió en busca de su madre. La madre oyó llorar a Mau Loha y le preguntó:

—¿Por qué lloras, Mau Loha?

Mau Loha respondió:

—El padre arrojó un anzuelo y me ha desgarrado con él la mano.

Repuso la madre:

—Vamos, deja que venga el padre. Ya lo reprenderé y le diré cómo ha sido posible que no te haya visto al echar el anzuelo.

Cuando el padre volvió a casa, reprendióle la madre:

—Pero, hombre, ¿cómo no piensas que es nuestro hijo único?

Y con ello el padre tuvo que consolar a su hijo.

Otro día Mau Loha le dijo a su padre:

—Padre, ¿qué sacamos de estarnos todo el día metidos aquí en casa? Sería mejor que hiciéramos una huerta y plantáramos en ella toda suerte de frutas.

El padre respondió:

—Muy bien, pero ¿dónde haremos la huerta?

Repuso Mau Loha:

—Tenemos que buscar un campo bien situado, que tenga buena tierra para que las frutas que plantemos se den bien.

El padre dijo:

—Está bien.

Al día siguiente salió con su padre para buscar un sitio conveniente para la huerta. Por último lo encontraron. Arrancaron la maleza é hicieron una huerta muy hermosa. Después pusieron plátanos, nueces y caña de azúcar. No pasó mucho tiempo y todas las plantaciones estaban admirablemente desarrolladas. Tuvieron una gran cosecha de plátanos maduros, caña de azúcar y nueces. Mau Loha quería comerse todos los plátanos, pero no lo quería el padre, y le dijo:

—No, vamos a venderlos y obtendremos dinero.

Cuando el padre habló así guardó silencio Mau Loha. Quería embromar a su padre y le dijo:

—Padre, quédate aquí. Yo voy a ver a la madre; hace ya mucho tiempo que no hemos estado allí.

El padre dijo:

—Está bien.

Pero Mau Loha no fué junto a su madre, quería engañar al padre. Cuando estuvo en medio del bosque se untó el rostro de color rojo, cogió un sable en la mano, y se puso un disfraz sobre su vestido. Entonces volvió junto a su padre e hizo como si lo quisiera matar. Su padre tuvo miedo, pues creyó que era un loco el que se le había metido en la huerta. Entretanto Mau Loha echaba abajo los plátanos maduros, escogiendo los mejores racimos. Después desapareció y se bañó. Tras el baño visitó a su madre y al regreso trajo comida para él y para su padre. Cuando llegó otra vez a la huerta díjole a su padre:

—¿Quieres que comamos?

Pero el padre le refirió:

—¡Oh, Mau Loha! Esta mañana, cuando fuiste a ver a tu madre, entró un hombre en la huerta y quiso asesinarme. Después echó abajo todos los plátanos. Mira por ti mismo todo el daño que ha hecho.

Mau Loha lo miró todo. Después dijo:

—El bribón que estuvo aquí después de mi marcha de fijo que quería robarnos nuestros plátanos. Si hubiera estado yo lo habría matado a palos. ¡Maldito sea! ¡Que si ese pillo se hubiera presentado estando yo aquí!...

Y Mau Loha siguió engañando a su padre y le dijo:

—Bueno, padre: ¿y qué hacemos con todos estos plátanos?

El padre respondió:

—Pues comértelos.

Y Mau Loha se comió él solo los diez racimos de plátanos.

Un día le dijo a su padre:

—Padre, quédate aquí. Quiero visitar a mi madre.

El padre respondió:

—Está bien.

Por lo tanto Mau Loha fué a su casa. Cuando llegaba, preguntó la madre:

—¿Eres tú, Mau Loha?

—Sí, madre. Tengo que decirte algo.

La madre preguntó:

—¿Qué?

Dijo Mau Loha:

—Madre, tengo que decirte que se ha muerto el padre. Y el padre me ha encargado que te dijera que tenías que cortarte la cabellera.

Cuando la madre oyó que se había muerto su marido, lloró amargamente. Pero Mau Loha consolaba a su madre diciéndole:

—Madre, no llores más; ya que lo he enterrado, no tengo que ocuparme de nadie sino de ti.

Y siguió diciendo a su madre:

—Madre, quédate aquí. Primero quiero ir a ver nuestra huerta, no sea que alguien, ya que se ha muerto el padre, se haya apoderado de nuestra propiedad.

Respondió la madre:

—Está bien.

Marchóse Mau Loha para vigilar la huerta. Cuando llegó allá gritóle su padre:

—¿Eres tú, Mau Loha?

—Sí, padre.

—¡Oh! Has estado ausente mucho tiempo.

—Sí, padre; tuve que quedarme allí. La madre estaba enferma y tuve que cuidarla. Al cabo de dos días se murió. Primero quise venir a buscarte, pero ¿quién se habría quedado con la madre ya que estaba yo completamente solo?

Cuando el padre supo que su mujer se había muerto, lloró amargamente. Pero le dijo Mau Loha:

—Padre, no llores más. Ya que he enterrado a la madre no tengo que ocuparme de nadie más que de ti. Pero la madre me encargó que te dijera que tenías que cortarte los cabellos.

El padre dijo:

—Está bien.

Al día siguiente Mau Loha le dijo a su padre:

—Padre, quédate aquí. Quiero ir a ver nuestra casa, no sea que alguien, ya que la madre está muerta, se haya apoderado de nuestra propiedad.

El padre respondió:

—Está bien.

Y Mau Loha se fué a su casa. Cuando llegaba, exclamó la madre:

—¿Eres tú, Mau Loha?

—Sí, madre.

En la velada, Mau Loha le dijo a su madre:

—Si te parece, te buscaré un nuevo marido.

Entonces dijo la madre:

—Pero, Mau Loha; soy demasiado vieja. ¿Cómo podría ahora recibir nuevo esposo?

Mau Loha replicó:

—Necesitas alguien que cuide de ti, pues yo soy joven y pronto tendré que seguir mi propio camino. ¿Quién te cuidaría entonces? Por eso es mejor que busque un nuevo padre que te cuide.

Respondió la madre:

—Está bien.

Y Mau Loha dijo:

—Si estás conforme, esta noche misma me pondré a buscártelo:

En seguida Mau Loha volvió a dirigirse a la huerta. Cuando llegaba allá, exclamó el padre:

—Mau Loha, ¿eres tú?

—Sí, padre.

—¡Oh, Mau Loha! Te has quedado en casa mucho tiempo.

—Como la madra ha muerto, tiene uno mismo que ocuparse de los cerdos. Por eso me quedé tanto tiempo.

Mau Loha durmió dos noches junto a su padre, después le dijo:

—Si quieres te buscaré otra mujer.

Cuando el padre oyó esto, le reprendió diciendo:

—¿Cómo se te ocurre eso, Mau Loha? ¿Quieres volverme loco? ¿Por qué me hablas así?

Mau Loha replicó:

—Pero, padre, creo que sería lo mejor; pues yo soy joven y tengo que seguir mi propio camino. ¿Quién te guisará entonces la comida?

Entonces dijo el padre:

—Está bien.

Y Mau Loha le dijo a su padre:

—Padre, voy ahora a ponerme a buscarte esposa.

Mau Loha se fué a su casa. Cuando llegó allí, exclamó la madre:

—Mau Loha, ¿eres tú?

—Sí, madre.

Entonces Mau Loha le contó a su madre:

—Madre, estuve buscando un nuevo padre y ya lo he encontrado. Quiero ir por él. Hoy por la noche te lo traeré. Madre, tienes que estarte completamente callada cuando el padre venga.

Respondió la madre:

—Está bien.

Entonces dijo Mau Loha:

—Madre, a media noche te traeré al padre.

En seguida se dirigió otra vez hacia la huerta. Fué al momento junto a su padre y le dijo:

—Padre, he buscado una mujer para ti y ya la he encontrado. Hoy por la noche te llevaré junto a ella.

Cuando llegó la noche, Mau Loha le dijo a su padre:

—Vámonos, padre.

Entonces se pusieron en marcha. Cerca de la aldea, Mau Loha le dijo a su padre:

—Padre, primero quiero entrar yo en la casa. Saldré en seguida a buscarte.

Mau Loha fué solo hacia la casa. Cuando entró, lo llamó su madre; pero Mau Loha le dijo:

—Silencio, madre. Apaga la luz y acuéstate tranquila. En seguida vendré con el padre.

Al momento Mau Loha se volvió junto a su padre y le dijo:

—Ven ahora, padre. Ya está tu mujer en la casa. Pero no hagas ruido alguno al entrar.

El padre de Mau Loha entró dentro de la casa. Como iba a tientas, tropezando, asustóse la madre y exclamó:

—¿Quién anda ahí?

En seguida respondió el padre:

—Yo.

Entonces se reconocieron uno a otro por la voz, y la madre dijo:

—Pero ¿eres tú, eres tú, el padre de Mau Loha?

El padre replicó:

—Pero ¿eres tú, eres tú, la madre de Mau Loha?

El padre ordenó:

—Enciende luz.

Cuando la madre hubo encendido la luz, vieron ambos que tenían los cabellos cortados. Entonces dijo el padre:

—¡Oh! Mau Loha se ha mofado de ambos.

Y se contaron uno a otro los acontecimientos.

El padre refirió primero:

—Mau Loha me dijo en la huerta que te habías muerto, y añadió que le habías dado el encargo de que me cortara yo los cabellos.

Entonces vino el turno de la madre.

—También a mí me contó Mau Loha que tú te habías muerto, y dijo que debía cortarme la cabellera. Por lo tanto, ha injuriado y engañado duramente a su padre y a su madre.

Y el padre maldijo diciendo:

—¡Oh, ese mal hijo! No quiero volver a ver su semblante.

Y como el padre lo había maldecido, no volvió a entrar en la casa. Huyó de allí y nadie volvió a verlo.

EL PRINCIPE Y LA PRINCESA



Un príncipe hizo una vez prisionera a una princesa, y la llevó a su navío. Una sierva astuta lanzó, empero, a la elegida al mar... Y desde entonces, la amada vivió días fantásticos por volver al amado. Este es el relato extraordinario de sus amarguras lejos del príncipe ideal.



CIERTA vez un príncipe hizo una excursión náutica en un día muy hermoso. Primero fué con su barca a la desembocadura de un río y de allí salió al mar. Y el príncipe había llevado consigo su caña para pescar en el mar. Y cuando estuvieron en alta mar, arrojó el anzuelo. En las fuentes del río habitaba una princesa que estaba acostumbrada a lavar su cabellera en el río. Pero su cabellera era tan larga que llegaba hasta el mar. Y así, dió la casualidad que la cabellera de la princesa se enganchó en el anzuelo del príncipe. Ordenó por eso que volvieran atrás y remontaran el río con su nave para desenredar los cabellos de la princesa.

La barca remontó inmediatamente el río hasta su origen.

Allí se apoderaron de la princesa y de una sierva. La mayor parte de las otras siervas se escaparon y corrieron juntos al rey para referirle que la joven princesa había sido raptada.

Cuando oyó el rey que su hija había sido hecha prisionera, hizo sonar gongos y tambores convocando a sus súbditos para que buscaran a la princesa.

Mucha gente siguió la ruta de la hija del rey, y aun llegó a ver cómo el navío se internaba en el mar. Las gentes volvieron otra vez junto al rey y le dijeron que el navío había vuelto a internarse en el mar.—Y por eso, señor rey, vuestros esclavos no pueden seguir en su persecución.

El príncipe llevó consigo a la princesa y la hizo su mujer. Más el navío no volvió a acercarse a tierra sino que permaneció aún en el mar.

Un día, quizá en el momento de la puesta del sol, la princesa le dijo a su servidora que fueran sobre cubierta para echar un vistazo al mar. Entonces la sierva arrojó al agua a la princesa, pero no se fué a fondo, sino que pudo agarrarse en la quilla del navío. Más entonces vino nadando un gran pez y sorbió los dos ojos de la princesa.

Y la sierva fué a la cámara de la princesa púsose sus trajes y se tendió para dormir en el lecho de la princesa.

Cuando hubo venido la noche y fué ya la hora de comer, ordenó el príncipe que trajeran la comida de la princesa. Le llevaron, por lo tanto, su cena y pusieron todo en la mesa. La falsa princesa ordenó a los servidores que se retiraran; quería comer; pero no quería hacerlo en presencia de tanta gente, pues temía descubrir su rostro y su faz, que era completamente negra. Ocurrió lo mismo un día tras otro, hasta que el navío regresó a la patria del príncipe.

Apenas estuvo anclado el navío, cuando echaron al agua una canoa para llevar a tierra a la princesa, que no era en realidad la princesa, sino su servidora.

Pero la gente creía que era realmente la princesa. Por eso acompañaron a la sierva, la llevaron al palacio del príncipe y la introdujeron en una magnífica cámara. Permaneció allí día y noche, recibiendo siempre los más delicados alimentos.

No obstante, aun vivía la joven princesa que haba sido arrojada al agua, mas sus ojos eran ciegos. No se había soltado de la quilla del navío. Y cuando oyó que el navío resbalaba sobre la arena, pensó que se había ido al fondo. Palpó con los pies, buscando la arena. Al hacerlo, tropezó con una gran roca. Se encaramó sobre ella, y volvió a bajar por el otro lado, y siguió sintiendo bajo sus pies la arena. Ua vez en seco, siguió a tientas su camino y llegó a un lugar, junto al río, donde la hierba crecía muy espesa. Se metió entre la hierba, y como tenía gran hambre cogió hojas y tallos y comió lo que le vino a la mano. Cuando había sido arrojada al mar estaba embarazada.

Y ocurrió que después de su salvamento echó al mundo, entre la hierba, un hijo, que tenía una estrella en la frente. Ella no crió a su hijo más que con hierbas, y creció y prosper y se zo un hermoso mancebo.

Ahora bien, el lugar donde vivían no estaba lejos del palacio del rey. El hijo de la princesa jugaba diariamente junto al palacio. Y como una vez viera un insignificante trozo de hierro lo cogió y lo escondió. Lo forjó e hizo de él un anzuelo. Y cuando el anzuelo estuvo terminado, buscó algunos cabos de cuerda, se los metió en el bolsillo y en casa los anudó unos a otros e hizo un sedal con ellos.

Después cogió el sedal y lo ató el anzuelo. Y cuando hubo logrado hacer eso, se puso en marcha para pescar con el anzuelo y atrapar peces. Se los trajo a su madre. Parte de ellos quedaron allí, otra parte la vendió para comprar eslabón y yesca. Pues hasta entonces, aun no habían podido encender fuego.

También compró un puchero para poder preparar la comida. Cuando hubo terminado sus compras, volvió junto a su madre al sitio silvestre en que habitaban.

Le dejó aquellas cosas diversas y siguió adelante para buscar una cueva donde pudieran vivir juntos. Yendo de un lado a otro, descubrió una gran gruta.

Dispúsola de un modo bello y habitable y una dirigióse otra vez adonde estaba su madre, cogió el puchero y los peces, los llevó a



la gruta y dejólos allí. Entonces regresó otra vez junto a su madre, la guió hasta la gruta, y cuando los peces estuvieron cocidos, los comieron reunidos.

A la otra mañana volvió a salir al mar de pesca, y regresó con muchos peces. Parte de la pesca la dejó allí y la otra se la vendió a los ricos de la aldea.

Con el producto compró hermosas telas y agujas e hilo. Todo se lo llevó a su madre a la gruta. Más ella no podía coser, pues sus ojos seguían siendo ciegos. El mozo pensaba que acaso aun estarían los ojos de su madre en el buche del pez, y le dijo a la madre:

Quiero comprarme un arpón y una cuerda larga y tratar de coger al gran pez. Me parece que aun tiene tus ojos en la panza.

Cuando hubo dicho esto, escogió un tronco grueso. Lo vació y se hizo de él un bote. Después coció gran cantidad de comida, arroz y peces, que quería llevar consigo en su viaje en busca del gran pez que había sorbido los ojos a su madre. Cuando estuvo todo preparado, arrastró el bote hacia el mar y bogó hacia el paraje donde el agua era más profunda y más negra. Pasaron seis días antes de que apresara al pez que había sorbido los ojos de la madre. El gran pez se tragó el anzuelo y arrastró el bote detrás de sí durante gran trecho, hasta que se le acabaron las fuerzas. Entonces el joven le dió muerte. Entonces se puso a cavilar cómo debía hacer para volver con el pez junto a su madre. Pensó durante algún tiempo, y acabó por atarlo firmemente a su bote. Cuando hubo llegado a la orilla, subió al pez y lo arrastró hasta la gruta delante de su madre. Allí le abrió el buche y encontró los ojos de su madre, que estaban aún muy bien conservados.

Los cogió en la mano y le dijo a su madre:

—Madre, aquí están tus ojos.

La madre respondió:

—Hijito mío, ya sé que me cuidas mucho y trabajas fielmente para mí y por eso has ido en busca de mis ojos.

El mancebo repuso:

—Querida madrecita, guarda con cuidado tus ojos; yo voy a comprar una medicina para limpiarlos.

Y la madre respondió:

—Bien, hijo mío.

Por lo tanto, quería ir a comprar la medicina.

Encontró a un hombre y le preguntó:

—Eh, amigo mío, ¿tiene usted alguna medicina para que vuelvan a ver claro los ojos enfermos?

El hombre dijo:

—Hay una gran abundancia de tal medicina, pero la botella cuesta medio escudo.

Entonces preguntó el joven príncipe:

—¿Pero una botella grande?

El hombre respondió:

—Sí; una botella grande.

Entonces dijo el príncipe:

—Está bien, vayamos por la medicina.

Y los dos siguieron adelante.

El príncipe compró una botella grande de la medicina y volvió con ella junto a su madre.

Lavó y limpió con aquel producto los ojos maternos y se los colocó. La madre dijo:

—Lávalos aún un poquito más, están todavía un poco turbios.

El mancebo se los volvió a quitar, los lavó, los dejó preciosamente limpios y se los volvió a dar a su madre:

—¿No es verdad, madrecita, que ahora están claros?

Y la madre respondió:

—Sí, ahora están muy limpios— y le habían quedados tan firmes como los de los otros hombres.

Y ahora pudo coser un jubón y un par de pantalones que debía llevar el mancebo.

Un día las gentes prepararon una riña de gallos. El rey también concurrió para ver a la muchedumbre que se había reunido para la riña de gallos. Había mucha gente. También el principito se dirigió allí. Y para que la gente no pudiera ver que tenía una estrella en la frente se la envolvió con un paño. Después cogió un gallito pequeño y lo echó a reñir con el gallo grande de otro hombre. Antes le dijo al dueño:

—Fijemos sólo un premio pequeño, porque mis fondos son bien escasos.

Y el hombre dijo:—Bueno.

Entonces soltaron los gallos uno contra otro. Ganó el del príncipe. Se puso a bailar de alegría. Y al bailar se le cayó el paño en que se había envuelto la frente, de modo que el rey pudo ver que el mancebo tenía una estrella en la frente. El rey lo llamó y le dijo:

—Ven mañana a mi palacio, quiero dar una fiesta.

El príncipe respondió:

—Sí, señor rey. Pero vuestro siervo no osa penetrar en vuestra casa.

El rey replicó:

—Mañana tienes que venir con tu madre a aquella casa negra.

A lo cual respondió el príncipe:

—Está bien, señor rey. Mañana por la mañana aparecerán ante vos vuestros siervos.

Y el rey dijo: —Bueno.

A la mañana siguiente, el príncipe habló con su madre:

—Cuando vayamos al palacio del rey, guarda silencio y no abras la boca, pues quiero hablar yo con el rey.

Después se pusieron ambos en camino. Cuando llegaron delante del palacio salió a su encuentro el rey y los invitó a pasar dentro. El rey les rogó que tomaran asiento y ordenó a un esclavo que trajera prontamente los manjares:—Pues quiero comer con estos dos.

Los esclavos trajeron la comida, y cuando estaban a mitad del banquete, el príncipe habló con el rey sobre tiempos pasados y le dijo:

—Una vez era una princesa que habitaba en otro país y se lavaba en un río sus cabellos. Un príncipe la hizo prisionera con una sierva, y las llevó a su navío. La princesa llegó a ser su esposa. Una tarde, a la puesta del sol, la princesa dejó la cámara con su sierva para contemplar un poco el mar. Pero la sierva era astuta y lanzó por la borda a la esposa del príncipe.

Entonces la sierva fué a la cámara de la princesa, se puso sus trajes y se tendió en el lecho.

Pero la princesa no había caído a lo hondo, sino que se mantuvo agarrada a la quilla y llegó así hasta el país del príncipe. No se desprendió del navío. Cuando hizo pie, marchó a tientas por la arena hasta encontrarse en seco. Y cuando hubo llegado a lo seco parió un hijo que tenía una estrella en la frente.

El rey recordaba muy bien todos esos acaecimientos y dijo:—Entonces son mi mujer y mi hijo.

Y corrió a ellos, abrazó a su esposa y a su hijo y lloraron todos tres.

Cuando hubieron acabado de llorar, ordenó el rey a sus siervos que convocaran a sus dignatarios y súbditos para juzgar a la sierva.

Cuando estuvieron reunidos los dignatarios, algunos de ellos recibieron la comisión de ir al palacio y traer la sierva. Al ver aparecer aquella gente en su cámara, grito ella:

—No me saquéis fuera, mis ojos no pueden soportar la luz.

Pero la gente le respondió:

—Está bien. Puedan o no tus ojos soportar la luz, te hacemos prisionera.

Gritando, la sacaron por la puerta. Cuando le quitaron los velos del rostro, vió la gente que su semblante era negro y calva su cabeza.

Y el rey ordenó que fuera atada, con los miembros separados en la puerta de la cuadra de los búfalos. Después, cuando la gente llevó a la cuadra a los búfalos, los animales la acometieron y la despedazaron con sus cuernos.

CUARTO CONCURSO DEL CUENTO SIN FINAL

Los niños deben leer cuidadosamente este cuento, y escribir el final que les parezca que le corresponde. Las composiciones, dirigidas al* Concurso de final, CRITICA PARA LOS PIBES, *Sarmiento 1546, serán sometidas al juicio de la Dirección, y la mejor recibirá una libra esterlina de premio.



RA día de mercado. El señor Domingo, al romper el alba, se echó al suelo, metió la cabeza en el barreño, se alisó la pelambrera, y diciendo a la señora Mónica: —¡Vaya, adiós! — echó por la carretera adelante.

—¡Cuidado, no te dejes engañar, — le gritaba ella desde lejos.

¡Cualquier día le engañaban a él! Con los cuarenta duros que llevaba en el bolsillo pensaba comprar la más hermosa mula de aquellos contornos.

Llegó al mercado, lo recorrió de un extremo a otro, fijándose en todo, se acercó al ganado, regateó las vacas, sin ánimo de comprar ninguna, disputó los cerdos, que tampoco le convenían, y se acercó por fin a su avío. No había más caballerías, pero, entre las pocas, aquella mula era precisamente lo que buscaba: corpulenta, robusta de ancas, fina de cabos y reluciente de pelo; en fin, una joya.

Después de mucho hablar, la sacó en veinticinco duros. ¡Y que la señora Mónica dijese luego si se dejaba engañar! Aun le sobraban dos duros!

En una esquina del ferial estaba la taberna del Tuerto; y, a la puerta, para ventilarse, los truhanes más redomados de aquel país. Sota, Caballo y Rey



les llamaban de mote, porque si el uno era pillo, el otro le ganaba y el tercero a los otros dos.

Pues al pasar el señor Domingo, tan ufano, con su mula recién comprada, el gitano Rey dijo a sus compadres:

—Si queremos, antes de un cuarto de hora la mula es nuestra. Apostémonos en el camino, por separado, y que el tío se encuentre primero con uno, después con otro. Le diremos que no a comprado una mula sino un burro, y si no lo cree, que me ahorquen.

Hiciéronlo así, y en mitad del real de la feria, el gitano Sota salió al encuentro del señor Domingo:

—¡Buenos días! — dijo, saludándole. —Se ha hecho buena compra, ¿eh?

—¡Ya lo creo! — contestó el aldeano. —¿Verdad que es muy maja la mula?

—¿Qué mula? — replicó el gitano, fingiendo asombro.

—¡Esta!

—Pero... ¿eso es una mula?

—Pues, ¿qué ha de ser?

¿—No le está viendo las orejas, señor mío? Un burro más hermoso que un día de fiesta: eso es.

—¡Tú sí que eres burro! — pensó el señor Domingo; pero no dijo nada, y siguió adelante, sin hacer caso de lo que le decían.

A poco trecho se encontró con el segundo gitano:

—¡Adiós, señor Domingo! ¡Valiente burro ha mercado usted!

El señor Domingo se paró en seco.

—Pero, ¿no está usted viendo que es una mula? — gritó malhumorado.

—¡Señor Domingo, qué bromista es usted! ¡Mira que llamar mula a un burro de tan buena raza! ¡Y lo habrá pagado como si fuese mula!

Amoscado, el señor Domingo se alejó del gitano. La duda había entrado en su espíritu. ¿Sería, efectivamente, un burro? Si lo era, también él era un burro, por haberlo comprado en vez de mula. No, lo que es como alguien se lo confirmase, estaba dispuesto a regalarle la caballería; porque, ¡a cualquier hora se presentaba él con un burro delante de la señora Mónica!

A este punto llegaban sus pensamientos, cuando el primer gitano se le plantó de frente, interpelándole:

—Diga, señor Domingo, ¿cuánto ha pagado por ese burro?

¡Dios del cielo! ¿Con que era verdad? ¡Todos convenían en ver un burro donde él había visto una mula! Pues, ¡cá! ¡más valía regalarlo!

—¿Lo quiere usted? Se lo regalo, porque no me gusta.

Y, entregándoselo al gitano Rey, se fué derecho a su casa. Los tres gitanos, reunidos en la taberna, celebraron con unas copas la adquisición de la cabalgadura, hecha a tan poca costa.

La gritería que le armó la señora Mónica al señor Domingo, no es para contada:

—¡Ya te decía yo que anduvie-



ses con ojo! ¡Te has dejado engañar como si fueras un chiquillo! ¡Mira que tirar a la calle, así como así, treinta duros!

El señor Domingo cayó, por fin, de su burro, y comprendió que se la habían dado con queso. Anduvo unos días cavilando, y, como buen aldeano que era, pronto dió con un medio de vengarse.

No lejos de allí, en lo más alto del monte en cuya falda se alzaba la casita del señor Domingo, había un cabrero que tenía en su rebaño dos cabras tan iguales que no había medio de distinguirlas.

CUPON N.° 4
Concurso de cuentos

(N.° 4)

(Para incluir con las terminaciones del

Nombre ....

....

Dirección ....

....

Edad ....

....



RESULTADOS DEL TERCER CONCURSO PARA LOS PIBES

Nuestro tercer concurso del cuento sin final ha sido ganado por el niño Belkis Escudero, domiciliado en la calle Uruguay 2969, de Santa Fe, quien se servirá confirmarnos su dirección para hacerle el giro correspondiente, por certificado.

El final premiado es el siguiente:



SI es, su señoría — repuso el cadí, no sin poca sorpresa y miedo al encontrarse en tan curiosa postura delante del gran señor.

Y bueno, (prosiguió el bajá) tú debes saber qué te ha pasado, cuéntame en seguida.

El cadí le refirió lo ocurrido y al terminar le respondió:

—Acuérdate que ésta es la época maravillosa en que los árboles pierden sus hojas y los hombres tienen visiones...

El cadí se acordó al momento lo que le había dicho al bajá el día antes, en el Consejo, y pidiéndole disculpas por tan estúpida observación, pidió permiso para retirarse, no sin antes recibir las picantes burlas de todos los presentes.

El ladrón felicitó por su buena idea, y en un momento oportuno el ladrón recordó al bajá lo del collar y éste le volvió a repetir que le pertenecía a él.

El gran señor hizo traer al ladrón ricos y finos trajes para que se cambiase.

El ladrón se sentó ese día en la mesa del bajá y después de la comida, cuando quedaron sólos le dió el siguente consejo:

—Yo, como Gran Bajá, te voy a dar este consejo: Deseo que abandones el horrible oficio que tienes, te daré un puesto a mi lado y quiero que te hagas hombre de bien. El collar, —prosiguió el bajá— te pertenecería, pero como estás dispuesto a no seguir tan feo oficio, ahora mismo vas a entregar el collar a su dueño. El ladrón obedeció, y después de hacer una reverencia, se retiró.

En el camino, encontró a su compañero que estaba sucio, triste, hambriento...

Al principio éste no reconoció a su colega, quien tenía ahora un aspecto de hombre decente, ataviado con limpias y ricas ropas.

Más al acercársele, pudo reconocerle y abrazándolo, le preguntaba con ansiedad:

¿Cuántos palacios y casas has saqueado, o es qué te has quedado tú con el collar?

El ladrón llevó a su asombrado amigo bajo la sombra de un árbol y sacando el valioso collar de un estuche, le dijo:

—Mira, acá está el collar, iba a devolverlo a su dueño, no he saqueado palacios ni casas, como tú crees.

Estoy dispuesto a ser un hombre honrado y comer con el producto de mi trabajo, voy a ocupar un puesto al lado del bajá, y espero que tú también te arrepientas del feo oficio que teníamos.

Al terminar los dos amigos se abrazaron emocionados.

De vuelta al palacio, el ladrón traía a su compañero completamente transformado.

El bajá, al enterarse de que el ladrón había cumplido su promesa y que su compañero arrepentido y avergonzado de su vida anterior estaba dispuesto a seguir también el generoso consejo del Gran Señor, los acogió con simpatía y satisfacción, convencido de que abía eco un buena obra.

Y los dos amigos vivieron juntos onradamente, comiendo con lo que ganaban de su trabajo.

- FIN -

Santa Fe, Enero 8 de 1927

Belkis ESCUDERO

Uruguay N.o 2969
Santa Fe

PLEGARIA POR EL NIDO

¡Dulce Señor, por un hermano pido,
indefenso y hermoso: ¡por el nido!

Florece en su plumilla el trino;
ensaya en su almohadita el vuelo.
¡Y el canto dices que es divino
y el ala es cosa de los cielos!

Dulce la brisa sea al mecerlo,
dulce tu luna al platearlo,
fuerte tu rama al sostenerlo,
bello el rocío al enjoyarlo.

De su conchita delicada
tejida con hilacha rubia,
desvía el vidrio de la helada
y las guedejas de la lluvia;

desvía el viento de ala brusca
que lo dispersa a su caricia,
y la mirada que lo busca
toda encendida de codicia...

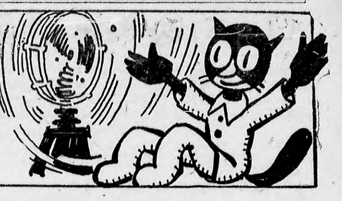
Tú, que me afeas los martirios
dados a tus criaturas finas
(al copo leve de los lirios
y a las pequeñas clavelinas),

guarda su forma con cariño
y pálpalo con emoción. ...
Tirita al viento como un niño;
¡es parecido a un corazón!

GAGRIELA MISTRAL.

Aventuras del Gato con Botas

por Linage





De calor abrumado Zapirón consternado

¡ESTA ES LA VIDA DEL INFIERNO!

A la calle sale pero de nada le vale



En procura de fresco ve una estatua de Dresco



Un guardián moralista lo ahuyenta de su punto de vista



A Liniers se allega pero nadie lo riega



Procura un viento secreto pero bastante indiscreto



En un café vecinal procura el viento ...val



Y un helado refrescante solicita muy campante



Por lo que antecede, el helado vemos que no fué tomado